

Realismo erótico en Aquiles Tacio

Lourdes ROJAS ÁLVAREZ

En este artículo me propongo analizar el realismo¹ erótico de los protagonistas de la novela de Aquiles Tacio, *Las aventuras de Leucipa y Clitofonte*, en los eventos fundamentales que los afectan: el cortejo entre ellos y las aventuras que padecen, entre las cuales considero la emotiva relación de Clitofonte y Melita.

Sin embargo, antes de entrar en materia, creo necesario hacer ciertas consideraciones sobre la novela griega en general y la de Aquiles Tacio en particular, a fin de que el lector obtenga una cabal comprensión del tema.

La novela griega surge hacia el s. II a. C., como un género tardío de la literatura griega para el cual no existía incluso una denominación propia, y tiene su mayor esplendor en el s. II d. C. En este lapso de cuatro siglos se dan grandes transformaciones en la vida de Grecia, muy alejada ya de su brillante pasado cultural y político.

Influida por todos los géneros reconocidos como clásicos (la comedia, la tragedia, la historiografía y la elegía), la novela reviste, empero, características propias que le confieren gran popularidad, por considerarse una forma de entretenimiento en sus tiempos, a través de las lecturas de las obras en lugares públicos.

La literatura novelística contiene una amplia y diversificada producción en la cual destaca la novela de amor y de

¹ Entiendo el término como aquella verosimilitud de los hechos que, aun sin ser una verdad objetiva, es percibida como verdadera por el lector. Cf. H. Beristáin, *Diccionario de retórica y poética*. Porrúa, México, pp. 491-94.

aventuras, denominada erótica, por tratar un tema amoroso, con un molde estructural más o menos estereotipado.²

Los protagonistas suelen ser jóvenes de una belleza extraordinaria, misma que les ocasiona todo género de asedios, asaltos y vicisitudes, los cuales ponen a prueba la castidad y fidelidad de los amados, separándolos a veces por largos períodos.

Si bien a través de todos los tiempos, la virginidad femenina ha tenido gran importancia, en la novela adquieren una relevancia especial el pudor y virginidad de la heroína, quizá por influencia del cristianismo y otras doctrinas filosóficas que exaltaban los valores morales.

En estas novelas, lo que cuenta sobre todo, empero, es la aventura, dejando el tema amoroso como un pretexto para el relato en torno a la pareja de jóvenes y sus infortunios.

En este marco, los protagonistas, en general, carecen de realismo, pues más parecen marionetas impulsadas por la fortuna, que seres humanos que reaccionan ante los problemas impuestos por las circunstancias.

En la novela de Aquiles Tacio, los protagonistas se ven sujetos también a una serie de peligros: naufragios, asaltos de piratas, separación y asedios amorosos de pretendientes. Pero, en mi opinión, ellos muestran, justamente, un realismo del que carecen, en general, los protagonistas de otras novelas eróticas en igualdad de circunstancias.

Ya mencioné anteriormente que el argumento de todas las novelas eróticas sigue un determinado patrón estructural. Sin embargo, el autor de *Las aventuras de Leucipa y Clitofonte* demuestra una cierta originalidad en el manejo de sus personajes principales, los cuales resultan más reales que los de las demás novelas.

En éstas, el encuentro de los protagonistas y su enamoramiento no ocupa casi nada del argumento: se hace referencia a su extraordinaria belleza y al amor que surge entre ellos instantáneamente, sin más pormenorización.

² La excepción al respecto la constituye la novela de Longo: *Las pastorales de Dafnis y Cloe*, ubicada en un marco pastoril, del cual los protagonistas prácticamente no salen.

En la obra de Aquiles Tacio, sin embargo, se rompe con este molde, pues el autor emplea más de un libro para describir minuciosamente todas las fases del enamoramiento de la pareja, desde que Clitofonte se prenda de Leucipa al verla por primera vez, hasta la propuesta de unión sexual que le hace a mediados del libro II —hecho inconcebible en las idealizantes novelas eróticas, con sus castos y fieles protagonistas.

Inusual es también en Aquiles Tacio que ambos protagonistas habiten la misma casa, pues Leucipa llega a vivir a casa del padre de Clitofonte, tío suyo, enviada por su padre para huir de la guerra que asuela a su país (I, 3, 5).

Clitofonte, creyéndose enfermo, sin saber que está enamorado, pide la ayuda de su primo, quien le da una serie de indicaciones: desde cómo conquistar a Leucipa, hasta llevarla a la unión sexual, para lo cual le aconseja que tome ciertas precauciones: “No tengas miedo, entonces, si la ves que se opone” —le dice— “sino que observa cómo se opone; y si persevera, evita la fuerza” (I, 10).

Así, se nos describe cómo surge el interés de la joven por Clitofonte, los primeros besos que se dan al intercambiar sus copas; el primer encuentro en el jardín, en el que intentan algo más audaz y, posteriormente, la insólita propuesta de unión sexual que Clitofonte le hace a Leucipa, quien accede a recibirlo en su recámara una noche (II, 23).

La intempestiva aparición de la madre de la muchacha, en el momento que el joven se introduce al lecho de Leucipa, frustra las intenciones de la pareja y ocasiona la precipitada huida de aquél, justo antes de poder ser identificado. Mas la presión del interrogatorio a que se ve luego sujeta la joven por su madre, provoca la huida por mar de la pareja y con ella, las aventuras que les acontecen (II, 31).

La actitud de Leucipa hasta este punto de la novela (II, 31) revela un total realismo, pues la joven responde sin ambages al cortejo de Clitofonte. Sin embargo, como la pareja naufraga y es secuestrada por piratas, cuando vuelve a reunirse nuevamente, la actitud de aquella es totalmente diferente.

Cuando Clitofonte, preocupado por su incierto destino, quiere llevar a cabo la unión física a la que la joven había antes

consentido en su propia recámara, previo a su huida, Leucipa se rehúsa (IV, 1). Ella justifica su rechazo aduciendo que Artemisa se le ha aparecido en sueños, y le ha prometido ayudarla contra los piratas, siempre y cuando se mantenga virgen hasta el día de su boda con Clitofonte.

En este punto de la novela —el inicio del libro IV, que representa la mitad de la obra—, Aquiles Tacio da un viraje radical en relación con su protagonista femenina. Así, la Leucipa audaz y complaciente —muy humana— de los primeros libros, se convierte súbitamente en una típica heroína de novela, recatada y mojigata.

A lo largo de la obra hay una serie de indicios sobre la importancia entonces concedida a la virginidad y el pudor femeninos. En II, 24 y 28, la madre de Leucipa, pensando que su hija perdió su virginidad, la considera ultrajada, y ésta, al rehusarse a Clitofonte en el campamento, aduce que “no está bien que esto ocurra todavía” (IV, 1).

Menelao, el criado de Clitofonte, para dar largas al general Carmides, quien pretende a Leucipa, le dice: “Leucipa tuvo su periodo menstrual ayer y no está bien que tenga relaciones con un hombre” (IV, 7), por lo cual aquél pide, aunque sea, besos, abrazos y caricias.

Para librar a Leucipa de esta situación, que rompería su fidelidad a Clitofonte, la joven se ve súbitamente atacada de una rabiosa locura, debido a la cual tiene que ser amarrada, pero lucha con sus captores “sin que se preocupe de esconder lo que una mujer desea que no sea visto” (IV, 9).

Así pues, Leucipa se nos ofrece, a partir del libro IV, como la típica heroína de novela que, puesta en peligro por sus pretendientes, recurre a todo y acepta cualquier sufrimiento antes de perder su virginidad y serle infiel a su amado.

Así, ante Quéreas —quien proporcionó los medios para curarla de su locura y que la rapta por medio de unos piratas para quedarse con ella, fingiendo su decapitamiento (V, 7)— y posteriormente ante Sóstenes, administrador de los campos de Melita, Leucipa soporta todos los asedios, malos tratos y torturas, con tal de no ceder a sus nefastas intenciones (V, 17, 5). Finalmente, se enfrenta valerosamente a Tersandro,

el esposo de Melita, resultando también indemne (VI, 22, 3).

Cuando Leucipa aparece otra vez ante Clitofonte, reclamándole haberse casado con Melita, se ostenta como virgen y mártir, haciendo ver mal al amado que traicionó sus juramentos de fidelidad y castidad (V, 18, 3-6). Y, posteriormente, ante su padre y el sacerdote de Artemisa, jura no haber perdido su virginidad, lo que demuestra públicamente al someterse con éxito a la prueba de la siringa,³ gracias a la cual es liberada de la acusación de no ser virgen que le había sido imputada por Tersandro (VIII, 14).

A mi parecer, este cambio tan radical en la pintura de la heroína podría deberse a que si, como se ha pensado, las novelas se leían en público, por partes, tal vez hubo una reacción desfavorable del auditorio, ante la cual el autor, en aras de la popularidad, modificó su actitud: reforzó entonces el valor de la virginidad femenina, haciendo triunfadora a Leucipa en la lid amorosa ante Melita, quien dista mucho del recato y pudor característicos de la heroína de la novela griega erótica.

El personaje de Melita reviste, en mi opinión, un realismo inusitado en esta obra, al punto de que adquiere el carácter auténtico de protagonista, en lugar de Leucipa, quien *debe* apearse al tipo de la heroína ya establecido en la novela.

Melita, pues, nos es presentada, en contraste, como una mujer resuelta a obtener a toda costa el amor de Clitofonte, a quien ha asediado durante cuatro meses, hasta obtener de él una promesa de matrimonio, cuya consumación, empero, éste exige posponer hasta llegar a la patria de Melita, Éfeso.

Aquiles Tacio nos pinta el cuadro del asedio de la efesia con gran realismo. Regocijada ésta por haber consentido Clitofonte a entrevistarse con ella la primera vez, embelesada con la vista de su amado, lo besa apasionadamente, en vez de comer, afirmando: "Estos besos son mi alimento" (IV, 13, 5).

Luego, al llegar la noche, sin ningún recato, Melita in-

³ Por medio de ésta, se podía saber si una joven era o no virgen, mediante la música de una siringa que Pan tocaba. Si la joven era virgen, la música era dulce; si no, la siringa callaba y se escuchaba un lamento y la joven desaparecía.

tenta, sin éxito, forzar a Clitofonte a quedarse a dormir con ella. Posteriormente, ya de viaje rumbo a Éfeso, Melita demanda el matrimonio, diciendo: “¿Por qué es ahora necesario que yo espere hasta Éfeso? . . . Créeme, Clitofonte, me quemo. Ojalá pudiera mostrarte el fuego. Ojalá que el fuego del amor tuviera la misma naturaleza que el fuego común, para que al abrazarte te encendiera. . . Iniciémonos, oh queridísimo, en los misterios de Afrodita” (V, 15, 4).

Clitofonte apenas puede negarse, invocando el convenio hecho, de no unirse físicamente hasta no llegar a Éfeso, para no manchar así la memoria de Leucipa, cuya alma, dice, puede en cualquier momento presentárseles, “aquí, cuando estemos abrazados”, y agrega que el mar no es un tálamo seguro (IV, 16, 2).

Melita responde a esto que “todo lugar es un tálamo para los enamorados”, pues nada es inaccesible para el dios del amor, e intenta convencer a Clitofonte de que todo es favorable. Mas aquél, negándose, se limita a besarla y a dormir junto a ella.

La noche que Clitofonte promete a Melita que va a consumar el matrimonio, recibe la carta de Leucipa a la que antes aludí. Entonces vuelve a negarse a tal consumación, por lo cual furiosa ésta, le dice: “¿Por qué me haces esto? ¿Hasta cuándo me matarás? . . . ¿Qué día esperamos todavía? ¿Hasta cuándo dormiremos juntos como si estuviéramos en un santuario? Habiéndome ofrecido un gran río me impides beberlo. Teniendo agua tanto tiempo, tengo sed, durmiendo en la misma fuente. Tengo tanta cama como Tántalo alimento” (V, 21, 4).

Y ésta no es una actitud circunstancial de Melita, como veremos más adelante en los parlamentos con los que intenta convencer a Clitofonte a unirse a ella sólo una vez, sabedora de que, como ya encontró a Leucipa, no puede conservarlo para siempre.

El dramático parlamento de la joven y bella mujer es digno de considerarse, pues, desprovista de toda vergüenza, ella confiesa abiertamente su deseo pasional y está dispuesta a todo por satisfacerlo. Declara sinceramente a Clitofonte su amor

y le hace ver cómo lo ha favorecido y, aunque se resigna a perderlo después, no quiere que quede sin efecto su anhelada unión con él.

Tras su arrebató inicial, le dice: “¡Ay de mí! infortunada de males. Pues también perdí a mi esposo por tí. Y no te puedo tener el tiempo restante, aunque fuera sólo para verte, puesto que no me has permitido más que esto. Sé que mi esposo me desprecia y que me ha acusado de adulterio contigo; un adulterio infructuoso, un adulterio sin los placeres del amor, del cual sólo la injuria he ganado. Las demás mujeres tienen, como pago de su vergüenza, el placer de su deseo; pero yo, desdichada, he cosechado la vergüenza y lo del placer, por ningún lado. Pérfido y bárbaro, ¿soportaste que una mujer enamorada se consumiera así, y esto siendo tú también esclavo del Amor? ¿No temiste su rencor? ¿No respetaste su fuego? ¿No honraste sus misterios? ¿No destruyeron tu resistencia estos ojos llorosos? Oh, más salvaje aún que los piratas. Incluso un pirata se conmueve ante las lágrimas. ¿Nada te incitó al amor sexual aunque fuera una sola vez, ni ruego, ni tiempo, ni el abrazo de los cuerpos? Empero —lo más insultante de todo—, tocándome, besándome, te has levantado así como otra mujer. ¿Qué es esta apariencia de esponsales? Ciertamente no te acostabas con una vieja, ni con quien rechazaba tus abrazos, sino con una joven y amorosa, y otro diría que también hermosa. ¡Eunuco y afeminado e insensible a la belleza! Te maldigo con la más justa maldición. ¡Ojalá Eros así se vengue de tí en tus amores!” (V, 25).

Sin embargo, el auténtico amor que le profesa a Clitofonte impide que las cosas terminen así, y prosigue Melita: “Lo que dije, oh queridísimo, lo hablaron el coraje y el disgusto. Lo que ahora voy a decir lo habla el amor. Y aunque me enoje, me quemo. Y aunque sea insultada, te amo. Al menos ahora apacíguate, compadécete. Ya no pido muchos días y un matrimonio largo, que esta desdichada había soñado contigo. Me basta incluso un solo abrazo. Pido un remedio insignificante para una enfermedad tan grande. Extíngueme un poco el fuego. Y si me he enardecido contigo un poco fuera de control, perdóname, queridísimo. Un amor infortu-

nado también enloquece. Sé que me comporto impúdicamente, pero no me avergüenzo dando a conocer los misterios del Amor. Hablo a un varón iniciado. Sabes que padezco. Para los demás hombres las flechas del dios son invisibles, y nadie podría señalar las heridas, pues sólo los enamorados conocen las heridas de los semejantes. Además, sólo tengo este día. Demandando tu promesa. Recuerda a Isis, respeta tus juramentos allí. Si hubieras querido incluso vivir conmigo, como juraste, no me hubiera preocupado de diez mil Tersandros. Pero, puesto que para ti es imposible un matrimonio con otra mujer, luego de haber encontrado a Leucipa, gustosa te concedo esto incluso yo misma. Sé que he sido vencida. No pido más que lo que puedo obtener. Contra mí ocurre todo lo extraño. Incluso los muertos resucitan. . . Pero te pido, dueño mío, Clitofonte, pues eres dueño de mi alma, que te me entregues hoy por primera y última vez. Este breve momento será para mí muchos días. Así ya no pierdas a Leucipa, así ya no muera ni de mentiras. No insultes mi amor; debido a él estás favorecido con los más grandes bienes. Éste te regresó a Leucipa. Pues si yo no me hubiera enamorado de ti, si no te hubiera traído aquí, aún estaría Leucipa muerta para ti. Hay también, Clitofonte, obsequios de la Fortuna. Cuando uno encuentra un tesoro, honra el lugar del hallazgo, erige un altar, ofrece un sacrificio, corona la tierra. Tú, que conmigo descubriste un tesoro de amor, ¿desprecias los beneficios? Considera que el Amor te habla a través de mí: “concédeme esto, Clitofonte, a mí que soy tu iniciador. No te marches privando a Melita de iniciación. Su fuego también es mío” (V, 26).

Luego, informa a Clitofonte que Tersandro no está en la casa en ese momento, y agrega: “Me parece que un dios lo sacó de aquí para que yo pudiera obtener de ti esto último. Así que entrégateme”.

Clitofonte comenta, a continuación: “Habiendo ella argumentado esto (pues el Amor incluso enseña las palabras) soltaba mis cadenas, y besaba mis manos, y las acercaba a sus ojos y a su corazón, y decía: “Ves cómo late y palpita con rápida palpitación, lleno de angustia y esperanza, y ojalá lo

esté también de placer. Y parece suplicarte con su latido” (V, 27, 1).

Clitofonte aduce haber sentido miedo del Amor —que le resultara un rencor de parte del dios— y considera dos cosas importantes: que ya había recobrado a Leucipa y que después de ese encuentro con Melita iba a librarse de ella, pues “el acto no era aún un matrimonio sino un remedio, como si el alma estuviera enferma” (V, 27, 2).

Considero que el realismo que Melita expresa en su discurso es palpitante. La mujer, quien se cree viuda, siente tener derecho a rehacer su vida y, para ello, busca marido. No es una aventura fácil la que persigue con Clitofonte (como es el caso de Manto y Cino, en la novela de Jenofonte, o el de Arsace en la de Heliodoro), sino que trae a su propia patria al elegido de su corazón y proclama abiertamente su unión. La súbita aparición de Tersandro la convierte en adúltera, pero el fundamento de su acción era totalmente lícito. Creyéndose viuda, se casa de nueva cuenta. Con Tersandro vivo, cae en la ilegalidad. Pero el amor no conoce de leyes. Tersandro había ya muerto en su corazón y fue sustituido por Clitofonte. Ella no *podía* quedarse sin él. Ya no importaba una larga vida a su lado; sólo quería unírsele por un momento. ¿Cómo era posible que, a unas horas de su noche de bodas, todo se hubiera venido abajo con la repentina aparición de dos supuestos muertos: Leucipa y Tersandro? ¿Acaso esto podía hacer desaparecer sus sentimientos por Clitofonte, la anhelada unión sexual con él, en especial luego de tanta espera durante la casta convivencia impuesta por él para cumplir su juramento? Indudablemente que no. La renuncia de Melita le habría quitado todo realismo a su personaje.

Y éste es el punto en el que quiero seguir insistiendo, pues considero que Aquiles Tacio sólo hace concesiones a los convencionalismos típicos del género, eco de la tradición, mas, en el fondo, ofrece personajes llenos de vida y equiparables a los seres humanos, con todas sus virtudes y defectos.

Sus protagonistas se mueven precisamente en estos límites. Y así, Leucipa, aun cuando acaba por mantenerse en la norma de la heroína casta y fiel, no por ello carece de emociones

y sufre y lucha por conseguir el amor de Clitofonte. A éste, como hombre, se le concede más libertad de acción. Y, como el Dafnis de Longo, puede serle infiel a su amada, lo cual no parece ser tan mal visto, siempre y cuando respete la virginidad de aquélla. Por ello Clitofonte satisface los anhelos de Melita —ya que de lo contrario carecería de todo realismo—, pues ¿qué hombre puede rehusarse a una mujer que lo induce del modo que Melita hizo con Clitofonte?

Su actitud corresponde a la de un ser humano común, no de catálogo novelesco, y así afirma haber experimentado “sentimientos humanos” (V, 27, 2) ante Melita y temor por la posible venganza de Eros al verse repudiado.

Aunque en la época bizantina Aquiles Tacio fue catalogado de inmoral,⁴ considero que la narración final del encuentro de Melita y Clitofonte no revela ningún morbo, sino que responde en todo al realismo propio del momento: “Y ocurrió cuanto Eros quiso, no estando nosotros necesitados de diván ni de ningún otro recurso amoroso para la práctica... Lo simple es más grato para Afrodita que lo muy elaborado, pues tiene el placer natural” (V, 27, 4).⁵

⁴ En el s. ix Focio, patriarca de Constantinopla, al clasificar las novelas griegas, consideró la de Aquiles Tacio la más inmoral.

⁵ Todos los textos entrecomillados están traducidos directamente del griego por mí, de la edición de Loeb de Aquiles Tacio.